

PASIÓN DE SAN VICENTE, DIÁCONO, PROTOMÁRTIR DE VALENCIA
Traducción del texto primitivo (S. IV)
(Basada en las actas del martirio)

1. Título

Pasión del santo y muy bienaventurado levita Vicente, mártir de Cristo, sufrida por él en la ciudad de Valencia, a 22 de enero, en tiempos del gobernador Daciano. ¡Demos gracias a Dios!

2. Pérdida de las actas

Es más que probable pensar que, para gloria del mártir Vicente, se levantó envidioso un enemigo, cuando sólo se habían tomado notas escritas de su pasión. Y que, por eso, avergonzado de que se publicara su propia derrota, se empeñó, no sin fundamento, en que no llegaran a redactarse, estando ya bien puntuados con ápices, los relatos de unas gestas en las que nosotros creemos con plena fe. Porque un recurso natural de los que yerran por el camino del mal es, sin duda alguna, suprimir de en medio los testimonios que pueden acreditar el bien.

3. Testimonio oral fidedigno acerca del comienzo de la persecución en Zaragoza en tiempos de Daciano. El obispo Valero y su diácono Vicente confiesan espontáneamente su fe.

De ahí que, gracias a múltiples testimonios de palabra, sinceros y sellados con la impronta de la verdad, es por lo que sabemos que fue en la ciudad de Zaragoza donde un tal Daciano, gobernador gentil y sacrílego, los emperadores, señores del Imperio, le arrojaron el cebo, por él ansiado, para que desplegara su furor contra los cristianos; y ladrando, cual perro famélico, impiamente, por pura crueldad, le alentaba su propia rabia, se lanzó entonces de cabeza, con furia, llevado por su espíritu corrupto, contra obispos, clérigos y cualesquiera otras personas santas, que iban a ser probadas más bien por Dios que por las tentaciones del diablo. Sin detenerse volaron prestos el gloriosísimo obispo Valero y el muy bienaventurado mártir Vicente en búsqueda de un título de gloria, porque creían que hasta en la confesión de su fe iban a sentirse más satisfechos, si, ofreciéndose ellos mismos, arrebatában enseguida una corona precoz con sus virtudes y méritos.

4. Llevados a Valencia y encarcelados, sufren los primeros tormentos

Pero aquél, hombre cruel y de malas artes, para debilitarlos más con las fatigas del viaje y más fácilmente abrumar con inicuos ultrajes a los que veía que no podía vencer con los castigos, mandó que aquellos santos de Dios fueran arrastrados luego hasta la ciudad de Valencia y castigarlos allí con rigurosa cárcel, con las privaciones del hambre y con el rechinar de unas cadenas, cuyo peso con manos y cuello apenas podían soportar. Les hacía sufrir ya entonces suplicios de muerte en todos sus miembros, aunque cuanto más pesadas eran, con tanta mayor gloria las soportaban. Cuando creía que ya les faltaban las fuerzas, agotados como estaban con el continuo ultraje, temeroso él de que en detrimento de su propia crueldad se le adelantara la ruina de aquéllos, mandó sacarlos de la cárcel. Porque pensaba que, apartados tanto tiempo de la luz común y de la vida pública, ni tendrían ya fuerzas en el cuerpo ni las tendría siquiera su espíritu; pero, con todo, no quería que murieran antes de sufrir unos tormentos con los que se proponía, incluso después de muertos, no usar de moderación.

5. Invencibles en los suplicios, trata Daciano de abatir primero el ánimo de Valero

Asustado Daciano al verlos en su presencia tan sanos de cuerpo y enteros de fuerzas, dijo: “¿Qué les habéis dado para comer a éstos con tanta condescendencia y de beber con tal abundancia?”. Y con ciego furor se asombraba de que estuvieran más fuertes aún, cuando era Dios el que los alimentaba. Montando su ánimo en cólera, y dando indicios de su futura maldad, como veía que en medio de los suplicios los mismos que le estaban venciendo sobrevivían, más difíciles aún de dominar, con voz hinchada de serpiente, a modo de un silbido, dijo luego: “¿Qué haces tú, Valero, que so capa de religión actúas contra los emperadores?”, pensando, como enemigo suyo que era, que si podía perturbar y abatir a la cabeza misma, esto es, al obispo, con mayor facilidad a los demás miembros más bajos también los abatiría.

6. Vicente anima a Valero para que, predicando la Palabra de Dios, conteste a Daciano. Éste es el mismo demonio que tentó a nuestros primeros padres, el mismo que es arrojado en los exorcismos y a quien Vicente provoca también ahora para la lucha.

Sin embargo, sólo Dios quiso que el que ostentaba título de un ministerio inferior también lo venciera, advirtiéndole de lo que iba a hacer o cómo iba a actuar aquel que estaba en la cumbre del sacerdocio, puesto que asimismo pudo alcanzar la victoria el levita que ejercía servicios más bajos en su cargo. “¿Qué susurras en secreto -dijo a su obispo el santo Vicente, cuyo espíritu ya se estaba coronando- y musitas en voz baja contra ese perro? Grita con toda tu fuerza, tú, que das

culto a Cristo, para que, aterrada esa rabia, que ladra contra el misterio santo de Dios, quede al punto quebrantada bajo los golpes y el peso de la divina palabra. Porque ése no es otro que aquella serpiente venenosísima que envidió una gloria que, transmitida a todos en la persona de nuestros primeros padres, él mismo ya la había perdido”. Y al punto, homicida insaciable, para dar muerte a lo que Dios había creado inmortal y hasta contento de que muriera, antes se vio honrado, como en un brindis, él mismo con el manjar que a otros él les estaba facilitando. Éste es el que expulsamos del cuerpo de los hombres invocando a Dios y en nombre de Cristo. Que contienda conmigo y luche a ver si me aventaja; con seguridad verá que yo puedo más, cuando soy atormentado, que él, cuando me atormenta, porque, aunque ahora me castiga, con dureza mayor sufrirá lo que habrá que castigar en él. Por eso, mi gozo ya es en extremo grande, porque, aunque ahora sufro, hallaré también un día satisfacción por ello”.

7. Vicente es sometido al tormento del potro

Se enfureció aquel diablo –que era Daciano- contra la fe cristiana y, al verse menospreciado y desdeñado, gimió y dijo: “Apartad de mí a ese obispo y someted a los tormentos a Vicente, rebelde aún más peligroso, que se ha presentado aquí para afrenta de la gente”. Mandaba someter su valor a mayores suplicios y con este castigo pretendía aumentar lo que había de acrecentar su gloria, porque, en verdad, aquel diablo se estaba irrogando a sí mismo aquello mismo con lo que, llevado por su espíritu cruel, le estaba amenazando, y tenía que padecer él mismo los suplicios a los que le estaba sometiendo. “Ponedlo en el potro –dijo-, extended en él sus miembros y despedazad todo su cuerpo; pero que soporte el castigo ya antes, que experimente en sí mismo los tormentos”.

8. Victoria de Vicente al soportar el tormento del potro

Entonces Daciano exclamó: “¿Qué dices, Vicente, ahora que estás contemplando ese tu desdichado cuerpo?”. Pero él sonriendo respondió: “Es esto lo que he deseado siempre: nadie se ha portado conmigo ni con amabilidad mayor ni con más afecto. Sólo tú eres el que más que nadie te ajustas a mis deseos. Mira que ya estoy en las alturas y desde más arriba te desprecio a ti y a tus emperadores en este mundo. No cejes, diablo, en la crueldad que respiras; me proporcionarás, si eres vencido por mí, en medio de la ruina tan grande de mis tormentos, no cejes; levántate, diablo, y delira como bacante, dejándote llevar por toda la malicia de tu espíritu. No disminuyas mi gloria, no causes daño a mi alabanza; este siervo de Dios está dispuesto a soportarlo todo por el nombre de su Salvador, porque, si bien es verdad que ahora castigas mi entrega fervorosa a Él, tú mismo, con mayor severidad, también serás castigado.

9. Daciano se ensaña con los verdugos

En medio de los verdugos y de los que les atormentaban, Daciano comenzó a gritar, y, en su locura, a enfurecerse y a golpear con varas y palos a los soldados y a ensañarse más y más contra los suyos. Al exaltarse, rompió a gemir, porque, al dirigirse contra el devotísimo siervo de Cristo, él mismo, hecho un diablo, había dado muerte antes a los suyos y, en verdad, mientras aquel, como cristiano quedaba libre de castigo y seguro de una eternidad en Dios, él maltrataba más a los que tenía bajo su potestad y estaban bajo su jurisdicción. “¿Qué dices, Daciano –dijo San Vicente-? Mira, ya me estoy vengando de tus subordinados; tú mismo has convertido en castigo para ellos tu venganza contra mí”.

10. Daciano reprocha a los verdugos no haber podido hacer callar en su confesión a Vicente

En voz muy alta comenzó aquel demonio a bramar y a tronar con palabras aún más furiosas, a rechinar restregando los dientes y a enfurecerse más y más contra los suyos, con lo que, al lacerar al mártir de Dios, más bien se estaba lacerando a sí mismo. Cansados, amainaron los verdugos; y la cuadrilla, fatigada ya, de los lictores, pendiente de los costados del mártir, desfalleció dándose por vencida. Palideció el rostro de los que le atormentaban, porque se derretían sus miembros chorreando ríos de sudor; cansados como estaban, el pecho jadeante se les aflojaba al pensar que ellos mismos eran más bien los atormentados en medio de los tormentos del santo mártir. Exangüe también, el rostro de Daciano comenzó a temblar. Tembloroso el pecho y los ojos con la mirada perdida, debilitada su luz, y conturbados como si se hallaran en el trance de la muerte: “¿Qué hacéis? –grita a sus soldados-. No reconozco como vuestras esas manos, que tercas se os resisten: a menudo habéis domeñado a homicidas, habéis quebrantado silencios profundos de parricidas y magos, y hasta secretos de los adúlteros se os han abierto en las audiencias de los tribunales, y a cuentos temían morir, si confesaban, los llevasteis a la muerte con su confesión. ¡Oh soldados de mis caros emperadores! Muy a pesar nuestro, éste no guarda el silencio, ni siquiera por puro respeto a nosotros, y ello redundará en deshonra –así corre la voz- de nuestros príncipes; a los otros les obligamos a hablar para que confiesen lo que les ha de llevar a la muerte; a éste, para deshonra nuestra, no podemos imponerle silencio”.

11. Vicente confiesa a Dios Padre y a Jesucristo su Hijo y echa en cara su ceguera a Daciano

Y fue entonces cuando dijo San Vicente: “Esto es lo que está escrito en la Ley santa: ‘Los que ven no verán y los que oyen no oyen’”. Confieso al Señor Jesucristo, como Hijo único de Dios Padre altísimo, unido a Aquél, y atestiguo paladinamente que es un sólo Dios con el Padre, y tú, cuando yo confieso lo que es verdad, ¿afirmas que no la digo? Tú eres el que de verdad mereces

ser atormentado, si miento, si llamara dioses a tus emperadores; pero, no; sigue atormentándome por más tiempo a mí, que confieso aquello, y no cejes en el castigo, para que también así puedas aspirar el perfume de la verdad, probada a tu espíritu sacrílego”.

12. Daciano propone a Vicente que salve su propia vida

Más rabioso aún de ira aquel diablo, con la voz de serpiente aún más inflamada, jadeante el pecho, el cuello aún más hinchado y trastocado todo su aspecto de hombre, clavaba con pestífero influjo tan sólo en el cuerpo del muy bienaventurado mártir la mirada penetrante, envenenada, contemplando como la sangre corría no ya sólo por los costados, sino por todo su cuerpo, cómo las entrañas se mostraban abiertas y las juntas y articulaciones separadas y dislocadas por los tormentos. Nada quedaba en qué descargar la ira sobre los suyos, y hasta el mismo se extrañaba de verse vencido. “Compadécete de ti –dijo Daciano a Vicente-; no arruines la flor de una edad que en su primavera comienza ahora a abrirse en ti; estás en los años primeros; no abrevies una vida más larga para ti. Ten consideración ya de los que te suplican y, al menos, ahórrales los tormentos que aún vas a sufrir”.

13. Vicente resiste valerosamente a la tentación de Daciano

Mas él, conociéndolo de antemano, con sacrosanta firmeza dijo: “Oh lengua viperina de diablo, ¿qué no te atreverías a intentar contra mí, si tú quisiste tentar hasta a mi Dios y Señor? No temo tus suplicios, sean como sean los que airado quieres imponerme; lo que me infunde temor es, más bien, lo que estás fingiendo: que quieras compadecerte de mí. Pasen por mí todas las penas y haz todo lo que con tus maquinaciones, con tus perversas artimañas y toda la fuerza de tu maldad puedas intentar. Con tu amarguísimo veneno pon a prueba mi fe y fortaleza de cristiano; no ceses para nada en tus suplicios, que en todos ellos tendrás que confesarte vencido”.

14. Interrogatorio y tormentos en el juicio

Entonces dijo Daciano: “Sea sometido Vicente a interrogatorio en juicio, pasen aún por él tormentos más rigurosos: los de cuantos han sido convictos de bandidaje y homicidio, y también de parricidio; si por tanto tiempo –dijo- su alma puede soportarlos, al menos desfallezcan sus miembros en medio de los suplicios. No puede vencerme ése, mientras esté él vivo”. “¡Dichoso de mí! –dijo el santo Vicente-; tus amenazas constituyen mi propia alabanza y el terror cada vez más áspero acrecienta mi gloria, puesto que piensas que tu ira es más fuerte, cuando en realidad empiezas entonces a compadecerte más de mí”.

15. Tormentos en el potro y en el fuego

Después, cuando había escapado ya al castigo del patíbulo y había sido bajado al potro, recorría con la mirada a los que lo atormentaban y, acuciando las demoras de los verdugos, cruel consigo mismo, inculpaba al diablo de vergonzoso retraso. Había sido retorcido; golpeado; flagelado y quemado; distorsionados los miembros, crecía el cuerpo para el castigo, mas el espíritu, que confesaba a Cristo, el Señor, perseveraba camino de la victoria. Aprietan ahora contra su pecho láminas ardientes y un licor licuado entre las puntas mismas del hierro lo salpica con sus gotas, mientras rechina la llama. Heridas se imprimen en las heridas, y tormentos se enfurecen sobre tormentos. Granos de sal esparcidos en el fuego, crepitando en pequeñas llamas, salpican sus miembros y, como los dardos en los suplicios, se disparan no ya hasta los miembros sólo, sino hasta las propias entrañas. Y como no quedaba ninguna parte sana en el cuerpo, hasta este castigo es castigo del que primero se le había infligido.

16. Consternación de Daciano al conocer la firmeza de Vicente durante el juicio

Sorprendido, preguntaba Daciano a los soldados que regresaban a él que sabían de la declaración, que él estimaba habría sido a la inversa, del muy bienaventurado mártir Vicente, o qué hacía o decía, preocupado como estaba ya con seguridad de su muerte. Los mercenarios y soldados comunicaban a Daciano que Vicente había pasado por todos los suplicios con rostro animado, con un espíritu aún más valeroso y una declaración aún más tenaz que aquella en la que había confesado, al principio, como Señor a Jesucristo. “¡Ay! –dijo Daciano- estoy derrotado. Pero todavía me queda por intentar un suplicio: si su tenacidad no puede ser doblegada, perdure siempre al menos en la pena y sea castigado un espíritu como el suyo que no puede ser reprimido”.

17. Vicente, abandonado en una horrenda mazmorra

“Buscad –dijo- un lugar tenebroso y profundo, de techumbre agobiante, por entero aislado de la luz del mundo y condenado a noche perpetua: fuera de otras cárceles, sufra él esta cárcel a propósito para su culpa. Amontonad allí por doquier trocitos de tiestos de ásperas puntas, para que los rebordes –mal cortados por todos los lados y limados los dientes- se claven en el cuerpo que toquen, y que yazca encima de ellos; al moverse de lado, se renovará otra vez el castigo, de suerte que los miembros se encontrarán siempre con lo mismo de lo que querían escapar moviendo, unas por otras, las articulaciones de los huesos. Dejadlo, además, extendidas las piernas, en aquella mazmorra hasta que apenas puedan ya despedazarse más esas articulaciones y vaya expirando un miembro tras otro en ese hombre rebelde a nuestros emperadores. Luego, dejadlo encerrado, en tinieblas, para que ni siquiera los ojos se reanimen buscando la luz; no

quede allí hombre alguno que lo aliente y acompañe conversando con él. Cerrado y cerrado con cerrojo esté todo. Cuidad tan sólo de avisar cuando haya faltado”.

18. Luz y música divina en la cárcel

Y no tardó en suceder: porque, en cuanto el primer sueño hubo aliviado, con el descanso, los miembros de los guardias rendidos por el cansancio, por disposición divina se convirtió en gloria lo que Daciano había añadido de más a la ya de por sí pena de muerte. La oscura noche de aquella cárcel cobró una luz nueva: arden unas antorchas de cera, brillando con fulgor mayor del acostumbrado. El propio San Vicente, reanimado sobre pajas más bien blandas, canta al Señor un salmo y salta de gozo, acompañando un himno con buena voz, dulcemente modulada. Todos los que estaban en lugares cercanos, tristes y pendientes de sus suplicios, acarician los oídos con la suavidad de aquella música, Mas, de repente, los guardianes se espantaron temblorosos al pensar que el que les habían entregado se había escapado huyendo.

19. Palabras de San Vicente a los que presencian el prodigio

Entonces el bienaventurado Vicente gritando dijo: “No tengáis miedo, que yo no rehúso ser alabado para provecho vuestro. Aprisa, si podéis, entrad y contemplad sin temor los consuelos que a esta mártir los ángeles deparan como obsequio a vuestros ojos. Gozad de la luz, donde habíais dejado tinieblas, gozad porque el que creíais que gemía entre suspiros, exulta para alabanza del Dios verdadero y del que es Único con el Padre. Se han aflojado las cadenas, han crecido mis fuerzas, el cuerpo se repone sobre lecho más blando de paja. Admiraros, sí, y con elogios cumplidos y voz piadosa afirmad que el confiesa a Dios queda siempre vencedor. Id y anunciad más bien a Daciano de qué luz estoy disfrutando; cavile aún el diablo y vea, si puede, añadir algo a mi gloria. Si es que algo puede, que no me defraude en nada de lo que es para mí título de gloria, y que intente cuanto su furor pueda todavía inventar. Sólo me da miedo su compasión, no sea que piense perdonarme”.

20. Muere Vicente en blando lecho para que, como deseaba Daciano, se vea privado de gloria en su tránsito

Se lo comunicaron todos, y entonces Daciano, sin sangre en el rostro, tembloroso y pálido – también con mala conciencia- se dio cuenta de que cuando se enfurecía contra el siervo de Dios, el castigo recaía sobre sí mismo. Por fin, sin voz, con verdadera, aunque forzada sinceridad, prorrumpió, diciendo:”¿Y qué más podemos hacer? ¡Si ya estamos derrotados! Que lleven su cuerpo a un lecho y sea colocado sobre pajas más blandas: no quiero darle más gloria, si muerte

entre tormentos”. Lo llevan a un lecho en manos de quienes se alegran de ello, los cuales besarían sus plantas y lamerían todo su cuerpo despedazado para limpiarle la sangre que fluía para remedio de su propia salvación. Y aunque ellos se habían estado moviendo, incansables, para suplicio suyo, hace uso de sus servicios para que con él carguen. Y así el muy bienaventurado siervo de Dios mereció gozar de la servidumbre de sus propios enemigos. Mas él enseguida expiró, saliendo de este mundo, cuando ya había vencido al diablo, con la decisión, que pagó con su sangre. Porque pienso que ello sucedió así, sobre todo, para que Daciano no creyera que era él quien lo había salvado.

21. Daciano manda que el cuerpo de Vicente sea abandonado a las fieras del campo

Por eso, una vez se le comunicó el tránsito, Daciano, vencido ya y avergonzado, dijo: “Si no he podido vencerle en vida, lo castigaré, al menos, después de muerto. No es ya un espíritu que se me pueda oponer, no es tampoco un alma que me pueda vencer. Con un ser huero no cabe la lucha. Pero, aunque privado de él, me enfureceré con nuevos suplicios contra los miembros de su exangüe cuerpo. Me saciaré castigándolo, ya que no pude alcanzar sobre él la victoria. Arrojadlo –dijo- a un descampado abierto, donde no pueda defenderlo impedimento alguno; sea allí devorado su cuerpo exangüe por aves y perros salvajes o, al menos, carezca de sepultura, que es lo único que puedo hacer con él después de muerto”.

22. Un cuervo espanta a las alimañas que intentan saciarse con el cuerpo del santo

Pero he aquí que, expuesto el cuerpo a este castigo, no lo salva mano humana alguna, que pudiera pensarse, quizá, haber sido corrompido con soborno para ello, ni tampoco la conmiseración y el afecto de los cristianos, que se gozaban de tener en común un mártir; y por eso tal vez nadie puso, solícito, guardias de noche, no fuera que se pensara que no habían sido los ángeles o Dios los que con su custodia habían honrado al mártir, si hubieran sido los hombres los que hubieran vigilado de noche para guardarlo. Un cuervo, que estaba posado no lejos, ave lenta y muy perezosa, de piel fea y aspecto descolorido, para demostrar, según pienso, fúnebre apariencia, como si hiciera luto con sus lamentos, ahuyentó otras aves hermosas y de rápidas alas. Y cuando de súbito llegó un lobo, lo asustó revoloteando y lo alejó del cadáver; aquél volvía hacia atrás la cerviz, pero no porque lo asustara atacándolo el cuervo, sino porque se paraba estupefacto para mirar aquel cuerpo –según creo- y a los ángeles que de algún modo lo estaban guardando. Se repitió la misma historia en la antigüedad con un ave semejante. Porque la que entonces llevó los alimentos suficientes de los segadores a Elías, ahora prestaba al santo mártir Vicente los obsequios que se le habían mandado.

23. Daciano manda que sea arrojado al mar el cadáver de Vicente

Aterrado al conocer semejante noticia, Daciano dijo: “Ya no puedo vencerlo ni muerto siquiera, y cuanto más cruelmente lo persigo con diversas crueldades, más glorioso lo hago. Pero si la tierra no ha podido consumirlo, sea sumergido en el piélago para que no tengamos que avergonzarnos día tras día ante los ojos de la gente: su victoria hasta los mares la ocultarán. Sea cosido dentro de un cofín, como los parricidas en un saco de cuero, o, mejor, sea embutido el cuerpo despedazado, junto con piedras de muchísimo peso, dentro de una angosta canasta. Y cuando los navegantes se hayan adentrado mucho, mar adentro, láncese el cadáver a las olas, y si queda aún algo quizá de las heridas con las que lo han despedazado, sea pasto de los peces o consúmanlo lamiéndolo. Si las fieras de la tierra con su indolencia no pueden hacerlo trizas, séalo por las fauces más hambrientas de los monstruos marinos. Y si fuera arrojado a extrañas playas, sea devuelto por las olas y estrellado una y otra vez contra los escollos y ni siquiera muerto descansa entre aquellas rocas”.

24. Eumorfio ejecuta la orden de Daciano

Pero ¡ira qué haces, crudelísimo diablo; estás consiguiendo que nuestro mártir también se cubra de gloria en el otro elemento. Lo cosen dentro de un odre, de los de llevar la sal de salvación, o parte de la bebida del Señor, o la pequeña mostaza, símbolo de fe pequeña, o el grano de trigo, sustento de la vida y alimento de salvación. Allí, digo, cosen su cadáver y, apretado hasta el cuello, comprimen su cuerpo: habrías pensado que Daciano temía que se le escapase. Entonces un hombre pernicioso, un tal de nombre Eumorfio, de sentimientos no religiosos y de linaje y espíritu sacrílegos, que por eso mismo desempeñaba para Daciano, con crueldad, el oficio de trajinante y aduanero, fiel a él en sus crímenes, dio prisa a los marineros para que cubrieran largos y amplios espacios en el mar y, cuando los montes se les perdieron de vista y se desvaneció toda la costa, cuando, cansados ya, les pareció bien y temían que lo que estuvieran transportando a otra provincia, donde podría serles arrebatado, lo estamparon en las olas, sumergido en medio del mar.

25. El cuerpo del santo es devuelto a la costa y allí mismo sepultado

Y volviendo ya a Daciano, se mostraban contentos, como el que va a dar una alegría, brincando con el alborozo propio de los marineros, haciendo ruido con gritos y aplausos discordantes y con silbidos desenvueltos y precipitándose más y más, precisamente, para eso: para no dejar de ser los primeros en anunciar al gobernador su alegría, porque había desaparecido San Vicente de la vista de los hombres. Pero he aquí que a ellos, a pesar de que eran remeros muy robustos, con todo, se les había adelantado en la costa el cuerpo del mártir. Porque la mano de Dios, siempre

más rápida, así lo había dispuesto con su timón, y lo que pensaban que estaba por lo menos sumergido aún en lo profundo del abismo, ya había llegado al puerto en que descansar, reclamando el honor debido de la sepultura casi antes de que corriera la voz de haber sido devuelto a la costa. Porque, según creo, fue a un cierto hombre, cuya fe auténtica su santo espíritu había reconocido, a quien en un éxtasis le avisó de que había sido llevado a la costa y le indicaba el lugar de la playa en el que yacía. Cuando este hombre se dirigía allá, temblando y, hasta si se quiere, algo indiferente, una cierta mujer viuda, colmada de santidad y de años y avisada en sueños, había conocido señales verdaderas del que allí descansaba, cerca del lugar donde una corriente un tanto suave había recubierto de blanda arena el cuerpo, devuelto a tierra; y deslizándose las capas de este elemento, unas sobre otras, el agua, lamiéndolo y honrándose con tal servicio, le había proporcionado la sepultura.

26. Hallazgo del cuerpo de San Vicente

Por eso, no es nada extraño que, luego, los obsequios humanos completaran lo que ya hasta los elementos mismos habían cumplido. Fue sepultado en la costa, donde tiene contacto el suelo con las aguas, aquél que, contando con pruebas a su favor de una fe pasmosa, había merecido su reconocimiento lo mismo en la tierra que en el piélago. Así pues, aquella anciana fue la que mostró a muchos el lugar de la costa, y, como recorriendo de nuevo con sus ojos aquellas señales ciertas, se dirigió sin dificultad, siguiendo sus huellas a lo largo de las complicadas curvas de aquellas costas. San Vicente, que había sido digno de ser hallado para recibir los honores de la sepultura, fue hallado ahora también para su descanso.

27. Glorificación póstuma y milagros de San Vicente

Desde aquí fue trasladado su santo cuerpo a un mausoleo para que pudiera ser venerado por todos –dichoso ya por estar seguro de recibir allí honrosa sepultura-; y desde allí a la iglesia madre, donde Vicente fue consagrado como santo en un altar: lugar dedicado por la devoción a Dios y venerable por la celebración de los sagrados misterios, cuando él, honrado allí, lo honró, de suerte que en muchos lugares hubo recuperación de enfermedades gracias a su cuerpo muerto. Ello contribuye a que se le hagan votos mayores. Ha merecido ser venerado por muchos y, cuando mayor es el número de lo por él santificado, mayormente él es tenido como santo.

28. Conclusión

Sea bendito el nombre del Señor por los siglos de los siglos. Amén.